

DIARIO DEL AÑO DE LA PESTE

A
JOURNAL

OF THE

Plague Year :

BEING

Observations or Memorials,

Of the most Remarkable

OCCURRENCES,

As well

PUBLICK *as* PRIVATE,

Which happened in

L O N D O N

During the last

GREAT VISITATION

In 1665.

Written by a CITIZEN who continued all the
while in *London*. Never made publick before

L O N D O N :

Printed for *E. Nutt* at the *Royal-Exchange*; *J. Roberts*
in *Warwick-Lane*; *A. Dodd* without *Temple-Bar*;
and *J. Graves* in *St. James's-street*. 1722.

Portada de la primera edición de 1722.

FUE aproximadamente a principios de septiembre de 1664 cuando, junto a mis demás vecinos, escuché en la calle que la peste había regresado de nuevo a Holanda, donde había sido muy virulenta, particularmente en Ámsterdam y Róterdam, en el año de 1663¹. En lo concerniente a su procedencia, según unos, venía de Italia y, según otros, del Levante², ocasionada por mercancías que habían llegado a puerto, transportadas por la flota turca. Aún otros decían que provenía de Creta, otros de Chi-

¹ Los puertos de Ámsterdam y Róterdam eran sin duda unos de los más importantes de Europa, merced a su comercio con países asiáticos, manteniendo además un comercio fluido con Inglaterra y Escocia. No es de extrañar, pues, que las noticias de la propagación de la peste en los Países Bajos causaran justificada aprensión en los habitantes de la Isla, siendo creencia común en la época que las plagas se originaban en los climas cálidos, especialmente en África y el Oriente Próximo, teoría propagada por el doctor Richard Mead en su *Short Discourse Concerning Pestilential Contagion [Breve discurso relativo al contagio de la peste]* de 1720, obra de notable popularidad en la época que el gobierno británico había encargado al terapeuta poco después de que la enfermedad hiciera aparición en Marsella. También Samuel Pepys recoge en la entrada del 4 de mayo de 1664 de su *Diario* la primera de varias alusiones a la propagación de la epidemia en Holanda, donde el número de muertos a causa de la enfermedad había alcanzado los 9752 en 1663 y los 24 148 en 1664. Al parecer, la peste se manifestó en Turquía en 1661, extendiéndose por Grecia y alcanzando las costas holandesas en 1663.

² Por este término se entendían las tierras que bordeaban las costas orientales del Mediterráneo y el Egeo, sobre todo las de Siria, Líbano e Israel.

pre. En realidad, poco importaba dónde surgió; lo cierto es que todos coincidían en que había vuelto a manifestarse en Holanda.

En aquellos días carecíamos de periódicos impresos para propagar rumores e informaciones acerca de las cosas y para engalanarlas mediante la creatividad de los hombres, según he tenido ocasión de ver puesto en práctica desde entonces³. Pero noticias como las que me ocupan fueron extraídas de las cartas de comerciantes y otras personas que mantenían correspondencia desde el extranjero, y se divulgaron solamente boca a boca, de tal manera que no se difundieron al instante por toda la nación, como acontece hoy en día. Sin embargo, al parecer, el gobierno obtuvo noticias fidedignas del asunto y se celebraron varias reuniones para sopesar medidas de prevención, con el fin de impedir que la peste llegara a nuestras tierras; pero todo se llevó a cabo de manera muy privada. De este modo, el rumor fue desapareciendo de nuevo y fue cayendo en el olvido como algo que apenas nos interesaba y que esperábamos que no fuera cierto, hasta que, en las postrimerías de noviembre, o en los comienzos de diciembre de 1664, dos hombres, al parecer franceses, murieron de la peste en Long Acre o, mejor dicho, en el extremo norte de Drury Lane⁴. Las familias con la que se alojaban trataron de ocul-

³ La principal fuente de noticias en la Inglaterra de 1664 era *The London Gazette* (titulada todavía por aquel entonces *The Oxford Gazette*), el órgano oficial del gobierno británico. También aparecieron noticias sobre la peste en *The Intelligencer* y *The Newes*. Cuando Defoe escribe el presente *Diario* en 1722, ya son numerosas las publicaciones periódicas que proliferan en Inglaterra, entre ellas *The Review*, que el autor venía editando desde 1704.

⁴ Las dos calles citadas se cruzan en un lugar que se hallaba en tiempos fuera de las murallas occidentales de la *City* de Londres, el centro neurálgico de la ciudad, que sufriría una transformación radical tras el Gran Incendio de 1666, y donde hoy se concentra el distrito financiero londinense. Las calles en cuestión estaban bajo la adscripción de la parroquia

tarlo en la medida de lo posible, pero, dado que el rumor halló cierto eco en el vecindario, los secretarios de estado⁵ tuvieron noticia de él. Y preocupándose de hacer indagaciones acerca del mismo para cerciorarse de lo ocurrido, se ordenó que dos médicos y un cirujano fueran a inspeccionar la casa. Así lo hicieron, y hallando signos externos evidentes de la enfermedad en ambos cadáveres⁶, comunicaron públicamente que habían sido víctimas de la peste mediante un informe que entregaron al asistente del párroco⁷, que a su vez lo remitió a la Compañía de Asistentes de Pá-

de St. Giles-in-the-Fields, en Middlesex, que, a su vez, fue el núcleo del gobierno eclesiástico y civil en Inglaterra desde el siglo xvi hasta 1834. En 1665 había noventa y siete parroquias dentro de las murallas londinenses, cinco en Westminster, dieciséis extramuros y doce en los condados vecinos de Middlesex y Surrey.

⁵ En la Inglaterra de aquel periodo había dos secretarios de estado. Se encargaban tanto de los asuntos domésticos como de los externos.

⁶ Se refiere a manchas oscuras en la piel, indicios de hemorragias subcutáneas que solían aparecer en primer lugar en el estómago y el pecho del infectado. Cuando los nódulos linfáticos de las ingles y —en ocasiones— de las axilas y el cuello se hinchaban y supuraban, estos signos eran denominados «bubones». Para descripciones más detalladas de las manifestaciones de la enfermedad, véase Paul Slack, *The Impact of Plague in Tudor and Stuart England*, Londres, Routledge, 1985, págs. 8-10.

⁷ Los asistentes parroquiales, constituidos como gremio desde 1233 con el nombre de «Fraternidad de San Nicolás», eran los responsables de registrar todos los nacimientos, matrimonios y defunciones en los registros de la parroquia en cuestión y de enviarlos al Colegio de Asistentes de Párrocos, situado en Broad Lane, Vintry Ward, edificio que quedó destruido en el Gran Incendio de 1666. Los asistentes se encargaban de publicar el «Registro semanal de defunciones» (práctica común desde el siglo xvi), en el que se especificaba la causa de muerte del difunto. La exactitud de las cifras era materia de agria controversia en la época y este tipo de documento fue atacado de manera virulenta por el propio Defoe, que lo critica por boca de H. F. en el *Diario* y, personalmente, en otros textos suyos, como el publicado en el *Applebee's Journal* de 18 de noviembre de 1721, refiriéndose a los censos como «esas ridículas patrañas» (consúltese al respecto la nota 3 de la edición de Louis Landa de *A Journal of the Plague Year*, citada en la Bibliografía).

rrocos; y, según la costumbre habitual, quedó impreso en el registro semanal de defunciones, tal y como se especifica a continuación:

Víctimas de la peste: 2. Parroquias infectadas: 1.

La gente mostró una gran preocupación al saberlo y la alarma se extendió por toda la ciudad, principalmente porque, en la última semana de diciembre de 1664, otro hombre murió en la misma casa y por la misma causa. Luego nos volvimos a apaciguar durante un intervalo de unas seis semanas, lapso durante el cual, no habiendo muerto portador alguno de indicios de la infección, se dijo que la enfermedad había desaparecido. Pero, tras estos hechos, creo que fue alrededor del 12 de febrero cuando un individuo falleció en otra casa de la misma parroquia y con los mismos síntomas.

Esto propició que la atención de la gente se volviera hacia aquel lugar de la ciudad; y al mostrar los registros semanales un aumento de entierros en la Parroquia de St. Giles mayor de lo habitual, se empezó a barruntar la sospecha de que la peste había hecho su aparición entre los vecinos del barrio y de que muchos habían muerto de ella, aunque se habían tomado precauciones para, en la medida de lo posible, mantener a la población en la ignorancia de los hechos. La cuestión preocupó considerablemente a los ciudadanos y pocos se atrevieron a adentrarse en Drury Lane o en las demás calles sospechosas, a menos que hubiera algún asunto primordial que les obligara a ello.

El incremento en el registro de defunciones quedó establecido de la siguiente manera: la cifra habitual de entierros en una semana en las parroquias de St. Giles-in-the-Fields y St. Andrew, en Holborn⁸, osciló de doce a

⁸ Ambas parroquias estaban ubicadas extramuros, pero pertenecían a Londres.

diecisiete o diecinueve en cada una, poco más o menos; pero desde el instante en el que la epidemia surgió por vez primera en St. Giles, pudo observarse que los entierros ordinarios aumentaban de manera considerable. Por ejemplo:

Del 27 de diciembre al 3 de enero	St. Giles St. Andrew	16 17
Del 3 al 10 de enero	St. Giles St. Andrew	12 25
Del 10 al 17 de enero	St. Giles St. Andrew	18 18
Del 17 al 24 de enero	St. Giles St. Andrew	23 16
Del 24 al 31 de enero	St. Giles St. Andrew	24 15
Del 30 de enero al 7 de febrero	St. Giles St. Andrew	21 23
Del 7 al 14 de febrero	St. Giles	24 (uno de ellos por causa de la peste).

Un incremento semejante del número de difuntos se observó en las parroquias de St. Bride, colindante con la de Holborn por uno de sus extremos, y en la de St. James de Clerkenwell, contigua a la de Holborn por el otro lado; en ambas parroquias, el número habitual de defunciones semanales oscilaba de cuatro a seis u ocho, mientras que, por aquellos días, aumentó, según se detalla a continuación:

Del 20 al 27 de diciembre	St. Bride	0
	St. James	8
Del 27 de dic. al 3 de enero	St. Bride	6
	St. James	9
Del 3 al 10 de enero	St. Bride	11
	St. James	7
Del 10 al 17 de enero	St. Bride	12
	St. James	9
Del 17 al 24 de enero	St. Bride	9
	St. James	15
Del 24 al 31 de enero	St. Bride	8
	St. James	12
Del 31 de enero al 7 de febrero	St. Bride	13
	St. James	5
Del 7 al 14 de febrero	St. Bride	12
	St. James	6

Junto a esto, la gente observó con gran preocupación que, en general, el registro semanal de defunciones se incrementó sobremanera en el devenir de las semanas mencionadas, pese a tratarse de una época del año en la que el número de muertes suele ser muy moderado⁹.

El número habitual de entierros en una semana, según los registros de mortalidad, fluctuaba aproximadamente entre los doscientos cuarenta y los trescientos. Esta última

⁹ El mayor número de decesos ocurría generalmente en otoño, si hacemos caso a John Graunt en sus *Natural and Political Observations Made upon the Bills of Mortality* (Londres, 1662).

cifra se estimaba elevada en extremo; pero, tras los acontecimientos postreros, caímos en la cuenta de que los números de los registros aumentaban paulatinamente, según se recoge a continuación:

	Entierros	Incremento
Del 20 al 27 de diciembre	291	—
Del 27 de dic. al 3 de enero	349	58
Del 3 al 10 de enero	394	45
Del 10 al 17 de enero	415	21
Del 17 al 24 de enero	474	59

Este último registro era realmente perturbador, pues se trataba del número más elevado que se había conocido de personas enterradas en una semana desde el azote precedente de la peste de 1656¹⁰.

Sin embargo, la calma se restableció, y con la bajada de las temperaturas y el frío de diciembre, que continuó siendo muy severo incluso hasta casi finales de febrero, acompañado por vientos helados, aunque moderados, la mortandad volvió a disminuir y la salud de la ciudad se restableció, y todos empezaron a considerar que el peligro había finalizado, si bien el número de entierros en St. Giles continuaba siendo cuantioso. Especialmente, desde el comienzo de abril se mantuvo en veinticinco a la semana, hasta la del 18 al 25, cuando fueron enterrados treinta en la Parroquia de St. Giles, dos de ellos a causa de la peste y ocho de

¹⁰ El número parece ser un error tipográfico por parte de Defoe, o bien se estaba refiriendo a una epidemia de peste que tuvo lugar en Nápoles en el año citado, pues en dicha fecha no consta que Inglaterra sufriera ningún ataque de la letal enfermedad. En 1636 sí se constató una alta cifra de muertos en tierras británicas a causa de la peste (en concreto, 10 400).

tabardillo pintado¹¹, tenido por un fenómeno análogo; de la misma manera, el número de muertos por tabardillo pintado se incrementó en su conjunto, siendo de ocho la semana anterior y de doce la semana previamente citada.

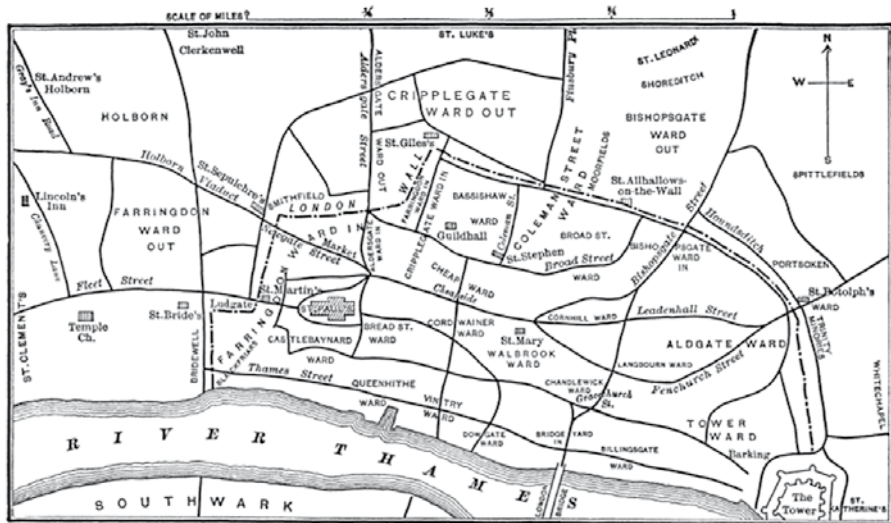
Esta circunstancia nos volvió a alarmar, y una espantosa aprensión hizo mella en la población, sobre todo porque el tiempo había cambiado y se había hecho más cálido, estando próximo el verano¹². Sin embargo, a la semana siguiente surgieron nuevas esperanzas: las cifras descendieron, el número de muertos fue en total de trescientos ochenta y ocho, ninguno a causa de la peste, y solo cuatro por el tabardillo pintado.

Pero, a la siguiente semana, la peste regresó de nuevo y el mal se extendió a otras dos o tres parroquias, como las de St. Andrew en Holborn y la de St. Clement Danes¹³; y, para gran aflicción de la ciudad, una persona murió dentro del perímetro de las murallas, en la parroquia de St. Mary Woolchurch, es decir, en la callejuela de Bearbinder, cerca de la Bolsa; en suma, nueve fueron víctimas de la peste y seis del tabardillo pintado. Sin embargo, se averiguó que el francés que había muerto en la callejuela de Bearbinder era alguien que, habiendo residido en Long-Acre, cerca de las casas infectadas, se había mudado de allí por miedo a la dolencia, sin saber que ya se hallaba contagiado.

¹¹ «Spotted-feaver» en el original (literalmente, «la fiebre de las manchas»). Se trata de un eufemismo para la peste acuñado en la España del siglo XVII y traducido pronto al inglés, aplicándose también al tifus o cualquier otro tipo de infección en la que aparecieran erupciones cutáneas.

¹² La idea de que existe una relación definida entre las enfermedades y el tiempo atmosférico data de Hipócrates. En los siglos XVI y XVII era común pensar que la peste se originaba en climas cálidos y que proliferaba en lo más álgido del verano.

¹³ St. Andrew se ubicaba extramuros de la ciudad y St. Clement Danes en Westminster, lo que significa que la peste se hallaba todavía alejada, al oeste del centro de Londres.



PRINCIPAL WARDS AND PARISHES IN THE CITY OF LONDON, 1665.

Mapa extraído de la edición *History of the Plague in London* de Daniel Defoe (1894), Nueva York, American Book Company.

Esto aconteció a principios de mayo, mas el tiempo era templado, variable y lo bastante fresco, por lo que la gente aún albergaba esperanzas. Lo que les animaba era que la ciudad permanecía sana, pues en la totalidad de las noventa y siete parroquias solo habían muerto cincuenta y cuatro personas, y comenzamos a sustentar la ilusión de que la peste atacaría únicamente a la población de aquel confín de la metrópolis y no avanzaría más. Y aún se acrecentaron más los ánimos porque, a la semana siguiente, la del 9 al 16 de mayo, solo fallecieron tres personas, ninguna de ellas dentro de la ciudad o en las *Liberties*¹⁴, y en St. Andrew solo murieron quince, una cifra muy baja. Bien es cierto que en St. Giles fueron enterrados treinta y dos, pero, dado que solo uno fue víctima de la peste, la gente comenzó a apaciguarse. La totalidad de las cifras del registro fue también muy baja, pues la semana anterior había ascendido únicamente a trescientos cuarenta y siete, mientras que la semana previamente aludida había alcanzado solo los trescientos cuarenta y tres. Así pues, continuamos albergando fundadas esperanzas durante unos cuantos días, si bien solo unos pocos más, pues la gente ya no estaba dispuesta a ser llamada a engaño; revisaron las casas y encontraron que, en realidad, la peste se había extendido por todas partes y que muchos morían de ella todos los días. Por lo tanto, todos los atenuantes se vinieron abajo y no hubo ya nada que ocultar. Más bien se hizo pronto evidente que la infección se había extendido más allá de cualquier esperanza de menguar; que en la parroquia de St. Giles se había manifestado en varias calles y que varias familias guardaban cama juntas

¹⁴ Por *Liberties*, palabra que no tiene traducción directa al castellano, se entendía el terreno situado entre las murallas de la *City* y los denominados *Bars*, es decir, postes, puertas y cadenas que marcaban los límites de dichas circunscripciones. Estos territorios se situaban dentro de los diferentes condados que lindaban con las murallas de Londres, pero estaban sometidos a la jurisdicción de las autoridades de la capital.

a causa de la enfermedad. Y, consecuentemente, en el registro de la semana siguiente, los indicios comenzaron a hacerse ostensibles: la verdad es que solo había catorce enfermos de peste, pero todo esto no era más que un ardid y una componenda, pues en la parroquia de St. Giles habían enterrado a un total de cuarenta, de los que era evidente que la mayoría había muerto de la peste, aunque los hubo que fallecieron por otras enfermedades; y aunque el número de todos los muertos no excedía de treinta y dos y el total del registro solo especificaba trescientos ochenta y cinco, sin embargo había catorce de tabardillo pintado y otros catorce de peste; y, en conjunto, asumimos que esa semana habían muerto cincuenta a causa de la peste.

El siguiente registro comprendía del 23 al 30 de mayo, cuando el número relativo a la peste fue diecisiete; pero los entierros en St. Giles alcanzaron los cincuenta y tres (¡una cifra pavorosa!), de los que solo figuraban nueve por la peste. Sin embargo, de acuerdo con un examen más preciso llevado a cabo por los jueces de paz, a requerimiento del lord alcalde, se averiguó que había veinte más en dicha parroquia cuya causa real de muerte había sido la peste, pero que constaban como víctimas del tabardillo pintado y otros males, aparte de otras muertes que se habían ocultado.

Pero todo esto no eran sino nimiedades en comparación con lo que sucedió de inmediato, pues entonces el tiempo se tornó más caluroso y, desde la primera semana de junio, la infección se expandió de manera espantosa, por lo que las cifras del registro subieron enormemente; los episodios de fiebre, tabardillo pintado y problemas dentales comenzaron a acrecentarse, pues todo aquel que podía ocultar sus dolencias obró de esta manera para impedir que sus vecinos los rechazaran y rehusaran hablar con ellos, y también para evitar que las autoridades clausuraran sus viviendas, procedimiento que, aunque no se había puesto en práctica todavía, se amenazaba con llevar

a cabo, provocando que la gente se aterrorizara considerablemente solo de pensarlo.

La segunda semana de junio, la parroquia de St. Giles, donde aún se concentraba el foco de la infección, enterró a ciento veinte, de los que, aunque los registros decían que solo sesenta y ocho habían muerto de la peste, todos coincidieron en señalar que al menos habían sido cien, haciendo un cálculo según el número habitual de funerales de dicha parroquia, como ya he especificado más arriba.

Hasta esta semana, el centro de la ciudad había continuado libre de la peste, sin que hubiera muerto nadie, excepto el francés que mencioné con anterioridad, en la totalidad de las noventa y siete parroquias. Sin embargo, ahora murieron cuatro dentro del perímetro de las murallas, uno en Wood Street, otro en Fenchurch Street y dos en Crooked Lane; Southwark¹⁵ permanecía totalmente a salvo, sin que nadie hubiera fallecido aún en aquella orilla del río.

Yo vivía nada más pasar Aldgate, aproximadamente a medio camino entre Aldgate Church y Whitechapel Bars¹⁶, en la parte izquierda o en el lado norte de la calle; y como la epidemia no había llegado a aquella zona de la ciudad, nuestro vecindario siguió haciendo su vida normal. Pero,

¹⁵ Distrito situado en la orilla derecha del Támesis, frente a las murallas de Londres. Como señala perceptivamente Paula R. Backscheider, estos decesos muestran que al menos otras dos parroquias se habían visto infectadas. Véase su edición de *A Journal of the Plague Year* citada en la Bibliografía, pág. 10, nota 7.

¹⁶ Es decir, H. F. reside a la salida del recinto amurallado, nada más pasar Aldgate, que fue originalmente una de las cuatro puertas de la ciudad en tiempos de los romanos. El tío de Defoe, Henry Foe, en quien el autor se basó con casi total seguridad para crear el personaje de H. F. (obsérvese la coincidencia de las iniciales), trabajó de aprendiz con un talabartero londinense en aquel lugar y vivió en dicha parroquia durante el resto de sus días. Poseía una gran casa en Well Alley, a menos de una milla de la casa familiar de Defoe. La iglesia a la que se refiere es probablemente St. Botolph, en Aldgate, donde Defoe contrajo matrimonio en 1684 con Mary Tuffley.

en la otra punta de la ciudad, la consternación se cernía sobre sus habitantes, y los más pudientes, sobre todo los ricos aristócratas y aquellos que pertenecían a la nobleza de menor enjundia de la parte oeste de la ciudad, salían de allí en tropel, de un modo poco usual, junto a sus familias y sirvientes¹⁷. Este fenómeno pudo percibirse de manera más concreta en Whitechapel, es decir, en Broad Street¹⁸, donde yo residía. En verdad, no se veía otra cosa excepto carros y carretas con enseres, mujeres, criados, niños, etcétera; carrozas atestadas de gente adinerada y jinetes que se ocupaban de servirles, y todos se apresuraban a escapar; luego aparecían carros y carretas vacíos y caballos de refresco llevados por criados, los cuales, al parecer, regresaban o eran enviados desde las residencias campestres para recoger a más personas; además, había una cantidad innumerable de hombres a caballo, solos algunos y otros acompañados de sirvientes y, en términos generales, todos iban cargados con equipajes y preparados para viajar, según cabía inferir de su apariencia.

El espectáculo era terrible y lamentable, y, puesto que era una visión que no podía evitar contemplar de la mañana a la noche —pues lo cierto es que no había otra cosa que ver en aquel instante—, llenaba mi mente de pensamientos lúgubres acerca de la desgracia que se cernía sobre la ciudad y la desdichada condición de aquellos que permanecerían en ella.

La agitación popular fue tanta en el devenir de varias semanas que era imposible llegar a las puertas de la Alcaldía sin extremadas dificultades; se congregaba allí una enorme multitud de gente para obtener salvoconductos y certifica-

¹⁷ Samuel Pepys se refiere también a esta huida masiva en la entrada de su *Diario* correspondiente al 21 de junio de 1665.

¹⁸ Esta calle (la traducción literal sería «Calle Ancha») partía de Threadneedle Street, en el mismísimo corazón de la ciudad, y atravesaba el Royal Exchange al norte de las murallas.

dos de salud para salir de la ciudad, pues, sin dichos documentos, no estaba permitido atravesar las ciudades por carretera o alojarse en alguna posada. Como hasta entonces no se había producido ninguna muerte a causa de la peste en el centro de Londres, nuestro señor alcalde concedía certificados de salud sin poner trabas a todos aquellos que residían en las noventa y siete parroquias y también, durante un intervalo, a todos los que vivían en las *Liberties*.

Según ya he dicho, la prisa continuó durante varias semanas, es decir, la totalidad de los meses de mayo y junio, sobre todo porque se rumoreaba que el gobierno iba a aprobar una ley para colocar empalizadas y vallas en los caminos para impedir que viajaran las personas y para que las ciudades situadas al borde de las carreteras no se vieran obligadas a permitir el paso de los habitantes de Londres, pues temían que llevaran consigo la infección, si bien ninguno de estos rumores tenía fundamento que no fuera el procurado por la imaginación, especialmente al principio.

En lo que a mí respecta, comencé entonces a reflexionar seriamente acerca de mi propio caso y de mi actuación futura, es decir, si decidía permanecer en Londres o si cerraba mi casa y escapaba, como estaban haciendo muchos de mis vecinos. Aludo a este particular de manera tan directa porque acaso resulte de interés a todos aquellos que puedan hallarse alguna vez en mi situación o presa de la misma angustia, viéndose compelidos a elegir un modo de acción; y, por lo tanto, desearía que este mi relato les sirviera de guía de comportamiento más que como historia de mis actos, comprendiendo que quizás no tenga ningún valor para ellos saber qué fue de mí.

Tenía ante mí dos importantes cuestiones que considerar; la primera era la de continuar con mi negocio y mi tienda, que me daban pingües beneficios y en los que había invertido todos mis esfuerzos en este mundo; la otra era la de preservar mi vida frente a la espantosa calamidad que, según sospechaba, se cernía sobre toda la ciudad y que, por

muy grande que fuera, tal vez mis temores, al igual que los de los demás, imaginaban mucho más grande de lo que podía ser en realidad.

La primera consideración era de ingente relevancia para mí. Yo era talabartero¹⁹, y mi fortuna, más que de la venta directa u ocasional en la tienda, dependía principalmente de los comerciantes que negociaban con las colonias inglesas en América, por lo que mis ganancias estaban en sus manos. Es verdad que yo era soltero, pero tenía a mi cargo una familia de criados que cuidaba de mi negocio, tenía una casa, una tienda y unos almacenes llenos de mercancías; y, en suma, dejarlo todo tal y como obligaba la situación en la que me hallaba, es decir, sin ningún supervisor o persona en la que pudiera confiar que se encargara de ello, sería arriesgar la pérdida no solo de mi negocio, sino también de todas mis mercancías y, en definitiva, de todo lo que poseía en este mundo.

En aquel tiempo tenía un hermano mayor que vivía en Londres y que, no hacía muchos años, había regresado de Portugal²⁰, y, después de hacerle partícipe de mis cuitas y solicitar su consejo, su respuesta fue, en dos palabras, la misma que se dio en otro caso bien diferente: «Maestro, sálvate»²¹. En conclusión: que mi hermano era partidario de que me retirara al campo, al igual que él mismo había

¹⁹ Es decir, fabricaba o negociaba con sillas de montar y otros aparejos e instrumentos relacionados con el ámbito de lo ecuestre. Se trataba de un negocio en el que se exigía excelencia, pues la Compañía de Talabarteros de Londres había sido fundada por el rey medieval Ricardo II y tenía derecho a localizar y destruir las sillas defectuosas o rotas.

²⁰ Por aquel entonces, uno de los principales aliados de Inglaterra tanto desde un punto de vista comercial como político.

²¹ Se trata de una alusión bíblica que se halla en Mateo 27: 40 y Marcos 15: 30. En ambos pasajes, los transeúntes conminan a Jesús para que se salve a sí mismo y baje de la cruz. Los contemporáneos de Defoe eran muy proclives a hallar paralelismos en la Biblia para las situaciones vitales en las que se hallaban.

decidido hacer con su familia, mencionándome que, como al parecer había oído decir en el extranjero, el mejor remedio para la peste era huir de ella. En lo concerniente a mi argumento de la pérdida de mi negocio, de mis mercancías o del montante del dinero que me debían, lo refutó tajantemente: me espetó el mismo razonamiento que yo había invocado para quedarme, a saber, que el hecho de que yo confiara en Dios en lo que respectaba a mi seguridad y mi salud suponía la más rotunda negación a mis pretensiones de perder mi negocio y mis bienes; pues —me preguntó— ¿no es tan razonable que os encomendéis a Dios en lo relativo a la posibilidad o el riesgo de perder vuestro negocio como que permanezcáis aquí en un peligro tan inminente y le confiéis vuestra vida?

No podía aducir que tuviera problemas para encontrar un lugar al que ir, con varios amigos y parientes que residían en Northamptonshire²², de donde nuestra familia era originaria; y, particularmente, tenía en Lincolnshire a nuestra única hermana, que estaría encantada de recibirme y mostrarme su afecto.

Mi hermano, que había enviado ya a su esposa y a sus dos hijos a Bedfordshire y estaba resuelto a reunirse con ellos, me urgió seriamente a que me marchara; y en una ocasión decidí satisfacer sus deseos, pero en aquel momento no conseguí ningún caballo. Pues si bien es verdad que no toda la gente se fue de Londres, sin embargo me aventuraría a decir que, en cierto modo, todos los caballos se marcharon; pues no había apenas una montura que comprar o alquilar en toda la ciudad durante semanas. Una vez me decidí a viajar a pie, acompañado por un criado y, como muchos otros hacían, no pernoctaríamos en una posada, sino que llevaríamos con nosotros una tienda de campaña

²² El padre de Defoe, James Foe, procedía de Etton, en el condado de Northamptonshire, a unas sesenta millas (96,5 km.) al noroeste de Londres.

para dormir en el campo, siendo el tiempo caluroso y no existiendo el peligro de coger un resfriado. Decía que muchos otros actuaban de esta forma porque varios resolvieron hacerlo así finalmente, en especial aquellos que habían servido en el ejército durante la guerra²³ finalizada no hacía muchos años; y debo decir, aludiendo ya a causas segundas, que si la mayoría de los viajeros hubieran obrado así, la peste no habría llegado a tantas ciudades de provincias y casas de campo, como sucedió para gran perjuicio y, en verdad, para la ruina de una gran cantidad de personas.

Pero entonces el criado con el que tenía intención de marcharme me dejó plantado: aterrado por la expansión de la enfermedad y sin saber cuándo me pondría en camino, decidió abandonarme, lo que me desanimó grandemente; y, de una u otra manera, cada vez que me aprestaba a irme, ocurría algún imprevisto que me desalentaba y hacía que postergara la fecha de partida; y esto trae a colación una historia que, de otra manera, podría interpretarse como una digresión ociosa relacionada con el hecho de que todos estos reveses eran advertencias del cielo.

Hago mención a esta historia también como el mejor método que puedo aconsejar a cualquier persona que se halle en un caso análogo, especialmente si se trata de alguien que es consciente de su deber y que desearía que le instruyeran acerca de cómo actuar en estas circunstancias; quiero decir que debería examinar cuidadosamente las intervenciones concretas de la Providencia que concurren en ese instante e indagar en ellas de un modo complejo, te-

²³ Se refiere al conflicto bélico que tuvo lugar de 1642 a 1649 entre los partidarios del rey Carlos I y los republicanos, en el que estos últimos fueron los vencedores, iniciando un interregno de gobierno puritano en Inglaterra que duraría hasta 1660, año en el que se produce la Restauración de los Estuardo en la persona de Carlos II, hijo de Carlos I, educado en Francia, donde se había exiliado con el resto de la Corte tras la decapitación de su padre en el último año de la Guerra Civil.

niendo en cuenta cómo se relacionan unas con otras y, en conjunto, cómo se relacionan con la cuestión que se le plantea. Entonces, creo, quizás las tome por indicaciones del cielo sobre cuál es su deber inequívoco en el caso específico de irse o quedarse en el lugar en el que habitamos cuando nos ataca una epidemia infecciosa.

Una mañana, mientras reflexionaba sobre este asunto en particular, me vino a la mente de un modo muy obsesivo el pensamiento de que, puesto que nada sucede sin el consentimiento o la aquiescencia del Poder Divino, estas adversidades deben albergar en ellas un componente extraordinario, y debería tener en consideración si no pretendían mostrarme con inequívoca evidencia, o insinuarme, que era voluntad del cielo que no me fuera. De inmediato me vino el pensamiento de que si era voluntad de Dios que me quedara, Él sería capaz de protegerme de toda muerte y peligro circundante; y que si intentaba salvarme huyendo de mi residencia y actuaba en contra de estos designios que yo consideraba divinos, era como si huyera de Dios y Él podría hacer que su justicia cayera sobre mí cuando y donde lo considerara adecuado.

Estas reflexiones propiciaron que me volviera atrás en la decisión que había tomado, y cuando volví a hablar con mi hermano le dije que había optado por quedarme y asumir la suerte que me deparara aquella circunstancia en la que Dios me había puesto y que me parecía ser más conforme a mi deber, de acuerdo con lo que he dicho.

Mi hermano, aunque era un hombre muy religioso, se rio de todo lo que le había contado acerca de que se trataba de una advertencia del cielo, y me refirió varias historias sobre gentes tan insensatas —según él las llamaba— como yo; que por supuesto que debería haber interpretado dichos indicios como una señal del cielo si los males o las enfermedades hubieran impedido mi partida y que entonces, al no poder marcharme, hubiera debido someterme a la voluntad de aquel que, siendo mi Supremo Hacedor,

poseía el derecho inalienable de soberanía para disponer de mí a su antojo; y continuó diciendo que entonces no hubiera habido dificultad alguna para determinar cuál era la auténtica llamada de la Providencia y cuál no; pero que yo hubiera tomado como aviso del cielo que no debería salir de la ciudad solo porque no podía alquilar un caballo en el que irme o porque el acompañante que me habría de ayudar se había dado a la fuga era de todo punto ridículo, puesto que yo gozaba de buena salud y tenía un buen par de piernas, amén de otros criados, y podría hacer a pie fácilmente un par de jornadas de viaje; y, estando en posesión de un certificado en el que constaba que me hallaba en perfecto estado de salud, podía bien alquilar una cabalgadura, bien optar por la posta²⁴ en el camino, según me conviniera.

Luego se dispuso a enumerarme las nefastas consecuencias de las creencias de los turcos y mahometanos en Asia²⁵ y en otros lugares en los que había estado (pues, siendo comerciante de profesión, mi hermano, según ya he mencionado, había regresado del extranjero hacía unos pocos años, siendo Lisboa su último lugar de residencia) y cómo, fundamentándose en sus creencias en la doctrina de la predestinación y en que el destino de todo ser humano está

²⁴ Establecimientos situados en los principales caminos para cambiar los caballos cansados por otros de refresco. Se trataba de la manera más rápida de viajar.

²⁵ Según Louis Landa en su nota a la página 11 de *A Journal of the Plague Year* (Oxford, Oxford University Press, 1990, pág. 254), la controversia acerca de si un cristiano podía escapar de la peste estaba en su punto álgido en 1665, sustentándose en las opiniones encontradas de las distintas facciones religiosas en Inglaterra. No huir de la letal epidemia era considerado por algunos como «una herejía turca», tal y como aparece descrita en la obra *A Brief Treatise... of the Pestilence*, de William Kemp, publicado en aquel mismo año de 1665. Este libro se hallaba en la biblioteca de Daniel Defoe quien, posiblemente, también había leído la obra de Paul Rycaut *The History of the Turkish Empire from the Year 1623 to the Year 1667*, publicado en Londres en 1680, en el cual se discutía la doctrina de la predestinación en la sociedad turca y mahometana.

determinado y decretado inexorablemente de antemano, iban con total despreocupación a los lugares infectados y conversaban con las personas enfermas, por lo que morían en una proporción de diez o quince mil por semana, mientras que los comerciantes europeos o cristianos, que se mantenían retirados y aislados, habitualmente escapaban del contagio.

Merced a estos argumentos, mi hermano me hizo cambiar de opinión nuevamente y comencé a plantearme la decisión de irme; en consecuencia, hice todos los preparativos para el viaje, pues, además, la infección aumentaba a mi alrededor y los registros documentaban cifras tan elevadas como de setecientos muertos a la semana, y mi hermano me dijo que él no se aventuraría a permanecer más tiempo. Le rogué que me concediera solamente un día para considerar la cuestión y tomar mi decisión; y como ya había dejado todo preparado lo mejor que pude en lo concerniente a mi negocio y había determinado a quién dejarle encargados mis asuntos, poco más tenía que hacer excepto decidirme.

Aquella noche regresé a casa en extremo turbado, irresoluto y sin saber qué hacer; me había reservado toda la noche para meditar seriamente sobre el tema, y me hallaba en total soledad, pues ya la gente, como por consenso general, había adoptado la costumbre de no salir de casa tras el crepúsculo, actitud cuyas razones tendré ocasión de comentar con mayor profusión más adelante.

En el retiro de aquella velada intenté determinar en primer lugar cuál era mi deber, y puse en la balanza los argumentos con los que mi hermano me había impelido a que me fuera de la ciudad, contrastándolos con la intensa disposición que mi mente albergaba para quedarme; la llamada visible que parecía haber recibido de la circunstancia particular de mi llamada; y la preocupación justificada para proteger mis bienes, que eran, bien podría decirse, todo lo que poseía en la vida; también las advertencias que pensaba

haber recibido del cielo, que para mí significaban una suerte de guía que me indicaba hacia dónde dirigirme, y se me ocurrió que si tuviera lo que cabría llamar una orden para quedarme, en caso de obedecerla, podría suponer que llevara consigo una promesa de salvación.

Este pensamiento me obsesionaba, y mi mente parecía más y más animada a quedarme que nunca, y apoyaba con secreta satisfacción la idea de que estaría a salvo. Añádase a esto que, hojeando la Biblia²⁶ que tenía ante mis ojos, y mientras mis reflexiones eran más graves que de ordinario acerca de la cuestión, exclamé:

—¡Bueno, no sé lo que hacer! ¡Señor, dirige mis pasos!

Y otras súplicas similares. Y, en esta coyuntura, dio la casualidad de que detuve la mirada en el salmo 91 y, fijando la vista en el segundo versículo, seguí leyendo hasta el séptimo; y después continué hasta el décimo. El pasaje decía:

Diré yo a Jehová: Esperanza mía, y castillo mío; mi Dios,
en quien confiaré.

Él te librára del lazo del cazador, de la peste destructora.
Con sus plumas te cubrirá, y debajo de sus alas estarás se-
guro; escudo y adarga es su verdad.

No temerás el terror nocturno, ni saeta que vuele de día,
ni pestilencia que ande en la oscuridad, ni mortandad que
en medio del día destruya.

²⁶ Era una superstición común en la época —al igual que lo ha sido, o lo es en otras con distintos libros de carácter sagrado— el practicar el sistema de adivinación que se conocía como «sortes», es decir, abrir al azar la obra en cuestión, tratando de hallar en ella una analogía con el momento vital en el que se hallara el lector. El uso de la Biblia en este contexto —el más generalizado en el entorno cristiano por obvias razones, pese a haber sido prohibido en la antigüedad en diversos concilios eclesiásticos— recibía el nombre de «bibliomancia» o «sortes Biblicae». Las obras del poeta romano Virgilio también eran muy utilizadas para esta práctica y, en dicho caso, se denominaba «sortes Vergilianae». Defoe había representado también a Robinson Crusoe practicando la bibliomancia y sirviéndose concretamente del salmo 50.